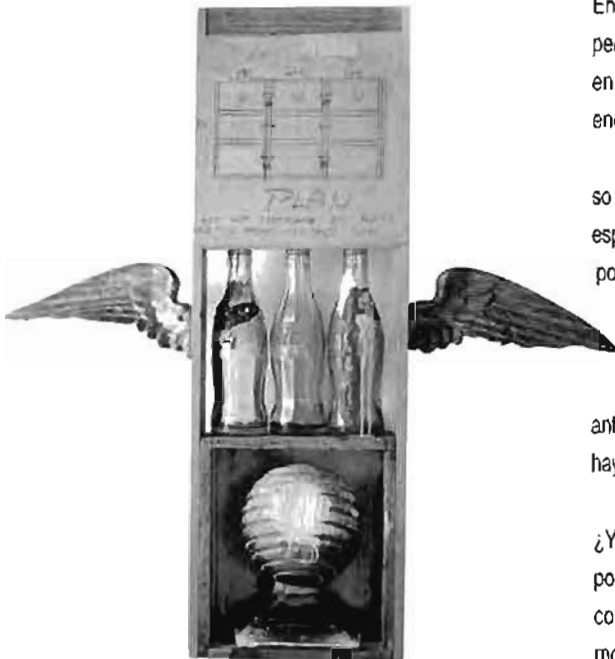




# Inocencia y memoria

## Xiong Bingming



En la cultura china la finalidad suprema consiste en realizarse como persona humana ideal. La huella de este humanismo es tan profunda en el pensamiento del Imperio Celeste que en su ámbito no podrá encontrarse propiamente un debate filosófico sobre el tiempo.

Como se deduce de los términos empleados para designar el universo o el mundo, términos formados a partir de las nociones mismas de espacio y de tiempo, los chinos se han interesado siempre, intensamente, por las relaciones entre el mundo de la experiencia vivida y esos dos conceptos, pero no se preocuparon por estudiarlos de manera abstracta. Su empeño era más bien desarrollar las técnicas y los instrumentos para medir el tiempo. Ya con anterioridad al segundo milenio antes de Cristo existía en China un calendario completo, invento al que hay que añadir los del reloj de sol y de la clepsidra o reloj de agua.

¿Qué problemas filosóficos suscitó en China el tema del tiempo? ¿Y cómo se abordó el tema en la literatura, especialmente en la poesía? Vamos a tratar de responder a estas preguntas tomando como punto de partida la siguiente definición del tiempo que encontramos en una importante obra filosófica escrita en el siglo II a.C., el

*Huainanzi*: "El tiempo, lo que se va y se convierte en pasado; lo que acontece y se convierte en presente".

### El pasado: origen del universo e historia

Para los antiguos chinos el mundo no era obra de un creador. Sólo en los textos tardíos aparece la historia de la creación del mundo por Bangu, "hombre cósmico" cuyo cuerpo dio origen a las distintas partes del mundo. Y sólo en el siglo IV d.C. encontramos, con el panteón de los dioses taoístas, una conceptualización simbólica de los distintos aspectos del universo en sus comienzos. Así, por ejemplo, el no ser original, se convierte en el Augusto Señor del Tao de la Vacuidad (*Xu huang daojun*), el cual engendró a su vez el Ser.

El pasado se divide en dos fases, pasado del universo y pasado de la especie humana, pero advertimos que los confucionistas se interesan esencialmente por este último, es decir por la historia. Para ellos lo primero es la vida social y la tradición cultural. Cuando su maestro Kongzi, más conocido en Occidente con el nombre de Confucio, se refiere a la historia sólo habla de los reinos de Yao y de Shun. A su juicio, vida cultural y conciencia moral sólo aparecen en la sociedad china con el gobierno de esos dos emperadores, tan ejemplares por sus virtudes.

Por su parte, la visión taoísta va más allá del ámbito propio del hombre para interesarse por el origen del cielo y de la tierra. "Antes de que se formaran el cielo y la tierra había un ser indeterminado", dice Lao Zi (Lao-Tsé) en el *Tao te ching* (Libro del Tao y la virtud), texto fundamental del taoísmo. Y en otro fragmento dilata el filósofo chino las fronteras del tiempo: "El Tao engendra a Uno. Uno engendra a Dos. Dos engendra a Tres. Tres engendra a todos los seres".

Naturalmente, esta "sucesión" es de carácter temporal, pero excede también la noción de tiempo. El "no ser" no desaparece tras la creación del ser; por el contrario, subsiste, es el fundamento mismo del ser. Su función, primordial, es comparable a la que en una casa desempeña el espacio interior, ese vacío gracias al cual la casa es propiamente casa.

Respecto de lo que precede al no ser, de lo que está en los orígenes del universo, es algo de lo que Lao Zi no habla. Otro filósofo taoísta, Zhuang Zhou se esforzará dos siglos después por pensar la cuestión, pero para llegar a la conclusión de que es imposible lograr una respuesta satisfactoria por medio del razonamiento a causa del carácter limitado del lenguaje. Para Zhuang Zhou, el auténtico conocimiento debe trascender el lenguaje, algo que ya afirmaba Lao Zi: "El que sabe no habla, el que habla no sabe nada".

En cuanto a los legistas (siglos VIII a III a.C.), su interés tanto teórico como práctico se orientó hacia la política. Para ellos la historia es siempre social. La figura principal del legismo, Hanfeizi (muerto el



año 234 a.C.) tiene una concepción dialéctica del desarrollo de la sociedad que presenta ciertas analogías con la de los historiadores modernos. Por ejemplo, él fue quien expuso por primera vez la idea de progreso en la historia, apartándose radicalmente de los confucionistas y de los taoístas para los cuales la única sociedad ideal era la antigua.

Pero fueron los filósofos de la escuela de los Nombres, Hui Shi y Gong-Sun Long (siglos IV-III a.C.), los que por primera vez reflexionaron sobre el tiempo como tal, es decir como principio abstracto. Por desgracia, no nos queda casi nada de la obra de Hui Shi, aparte de una docena de paradojas que nos ha transmitido su amigo Zhuang Zhou, aunque sin darnos las pruebas lógicas gracias a las cuales podían demostrarse.

Con fórmulas como "El sol que llega a su cénit empieza ya a declinar", Hui Shi viene a afirmar el carácter a la vez instantáneo y continuo del tiempo. En otra frase célebre que ha sido objeto de múltiples exégesis: "Hoy voy a Yue (región del sudoeste de China) y, sin embargo, llegué ayer", el pensador chino subraya el carácter relativo de nociones tales como "hoy", "mañana" y "ayer". En cuanto decimos hoy, ese hoy se convierte ya en ayer. Otras dos paradojas de Hui Shi: "la flecha que vuela está inmóvil aunque no se ha detenido" y "la sombra del pájaro que vuela no se mueve", se inspiran en la tesis filosófica de que es imposible pensar el movimiento.

Desde muy temprano mostraron los chinos vivo interés por la historia. Ya en la época de los Shang, en el siglo XI a.C., hubo cronistas de la corte que tomaban nota de los acontecimientos y de los discursos. Cuando una dinastía sucede a otra, convoca a los antiguos eruditos para que escriban la historia de la dinastía que acaba de desaparecer. Numerosas son también las historias redactadas por particulares; Confucio escribió la primera de ellas con sus *Anales de la primavera y los otoños*, llevado por un propósito a la vez de crítica histórica y de edificación moral.

Los chinos viven, en efecto, en auténtica simbiosis con el pasado. De ahí que, en la vida cotidiana, esté fuertemente arraigada la noción de clan y de culto a los antepasados y, en el plano del pensamiento, la



idea de la continuidad de la tradición cultural china desde los tiempos más remotos. La escritura no ha cambiado y aún siguen siendo de actualidad los problemas que debatían los filósofos hace tres mil años. Innumerables acontecimientos y personajes que pueblan esa larga historia siguen inspirando a los escritores y a los artistas que los hacen revivir con todo su rico contenido simbólico en la conciencia colectiva.

### Futuro del hombre y porvenir del mundo

"Si ni siquiera conocemos la vida, ¿cómo vamos a conocer la muerte?", decía Confucio. Aunque prestan minuciosa atención a los ritos funerarios y a la etiqueta del luto, los confucionistas no se preocupan por saber lo que ocurra tras la muerte, si el alma existe y cuál es su destino de ultratumba. En cambio, saben muy bien que los muertos siguen viviendo en la memoria y propugnan unas normas de conducta que garanticen esta forma de supervivencia. Así, en el siglo VI a.C. Shusun Bao afirma "tres imputrescibles", a saber: "practicar la virtud", "adquirir méritos" y "redactar textos que pasen a la posteridad".

Por su parte, los taoístas se interesan tan extraordinariamente por la vida que ponen gran empe-

ño en alcanzar la longevidad. Según Lao Zi, el hombre puede lograrla si conserva la vitalidad del niño pequeño, lanzando así un desafío al tiempo. Con tal fin inventará la religión taoísta toda clase de procedimientos, desde el adiestramiento de la respiración hasta el consumo de elixires de vida a base de cinabrio. El taoísmo busca una transformación radical del hombre que lo haga inmortal.

El budismo introduce con la doctrina del *samsara* la idea de la reencarnación. Si durante la vida terrena el adepto logra acumular méritos suficientes, podrá renacer a un grado o nivel superior de existencia en su próxima vida. Y así sucesivamente hasta alcanzar por fin un estado de perfección y de eternidad en el que la rueda de la encarnación cesa de girar. El budismo aparece así como un itinerario en busca de la eterna desaparición "sin vida ni muerte", como a principios de la época de los Tang escribía el monje Faling.

El budismo introdujo también en el pensamiento chino la idea de fin del mundo, que se produce al cabo de una serie de grandes fases de creación y de aniquilación exactamente definidas. Bajo el reinado de la dinastía Song (siglos X al XIII), los neoconfucionistas retoman y profundizan esta idea y esta periodización, de marca netamente budista. Pero hay un rasgo típico de la cultura china, y es que para ella la aniquilación del mundo, por trágica que parezca, es de todos modos un fenómeno natural y no constituye un castigo del Cielo.

### El presente: acción o contemplación

"Todo pasa como el agua, nada se detiene ni de noche ni de día", dice Confucio con emoción. Viendo correr el agua piensa el filósofo chino en la huida del tiempo y siente con angustia el lado trágico de la vida

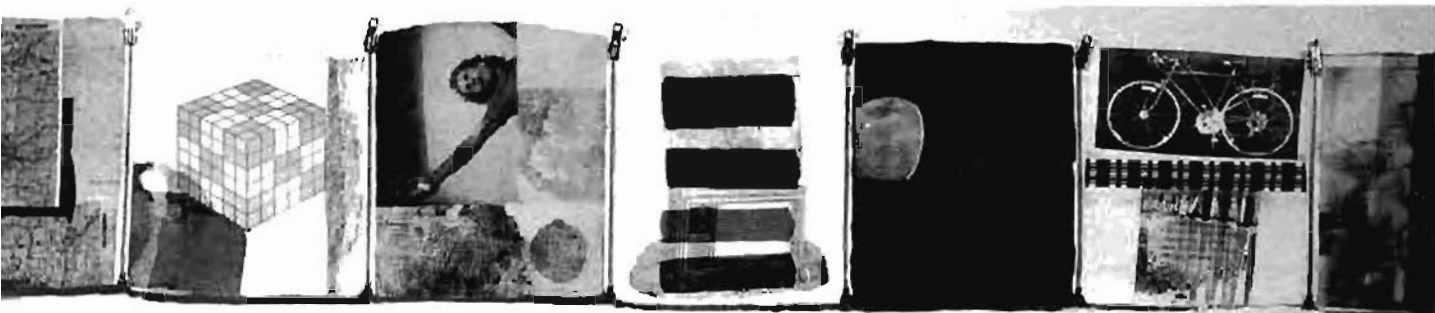
### El sabor del tiempo

Las artes como la poesía, la pintura la cerámica están marcadas en China por un impresionismo fuerte y delicado, que es la forma de saborear el tiempo. Al estar la sensibilidad china inmersa por completo en los estados de la naturaleza, los matices fugitivos y los momentos de equilibrio más delicados brotaban a cada instante en la vida de los señores, de los letrados y de los monjes en los grandes monasterios, pero también en la de las gentes pobres y sencillas.

Se sabía apreciar la calidad del tiempo como se apreciaba el té, el papel, la seda y las innumerables comodidades de la existencia. El tiempo iba, pasaba, volvía, el tiempo de la rama del ciruelo, del tallo de mambú, de la hoja de arce, del ramaje del pino, el tiempo del graznido áspero del ganso gris, del dulce canto de la oropéndola, del reclamo de la codorniz.

Tantos sabores y perfumes mezclados en la conciencia marcaban cualitativamente el tiempo. Los poemas y las pinturas se situaban y se fechaban, y se mencionaban el periodo solar (había 24 por año) en el que se habían creado.

Claude Larre



durante la que el hombre se ve empujado a emprender lo que sabe muy bien que no podrá realizar. Es ésta la primera reflexión poética de la cultura china en torno al carácter efímero de la existencia.

¿Cómo hacer frente a esa fugacidad? Para los confucionistas, hay que coger al vuelo el presente, forjarse una personalidad recia y ser útil a la colectividad. Esta inquietud y este deber de participar en los asuntos del mundo son extraños al ideal taoísta, para el que lo esencial es la contemplación y la comunión con el universo. Lo que el sabio taoísta pretende es encontrar en la temporalidad misma la vía de acceso a lo intemporal; su única ambición es gozar de la existencia en la quietud de una vida apacible y sencilla. La fugacidad del tiempo no suscita en él ninguna angustia que no sea capaz de disipar gracias a la sabiduría.

¿Quién no conoce la fábula que narra Zhuang Zhou? Mientras duerme sueña el sabio chino que es una mariposa que revolotea de un lado a otro ignorando que es Zhuang Zhou. Y al despertarse se pregunta si es el verdadero Zhuang Zhou o un Zhuang Zhou soñado. Tal vez la vida sea sólo un largo sueño del que nos despertará la muerte.

Pero serán los escritores, sobre todo los poetas, quienes den a esta angustia de lo efímero su más alta expresión.

Qu Yuan (siglos IV-III a.C.), uno de los fundadores de la poesía china, se muestra atormentado por la idea de servir a su país. En su largo poema autobiográfico *Lisao* expresa su congoja ante la huida del tiempo. ("La vejez se apodera de mí / antes de alcanzar renombre.") Al final de la época de la dinastía Han (siglo II), la actitud de los poetas se diversifica: unos eligen el

epicureísmo ("Regocijémonos ya hoy, ¿por qué habría que esperar a mañana?"); para otros lo importante es alcanzar la fama. ("El cuerpo humano... parece como todo lo que vive. Ganar renombre: ése es el auténtico tesoro.") Otros, por último, buscan la embriaguez y el olvido que procura ("Absorber drogas de inmortalidad es engañarse a sí mismo. Más vale beber buen vino y vestirse de seda.")

En su ambivalencia, la actitud de Su Shi (1037-1101), célebre poeta de la dinastía Song, resulta particularmente reveladora de la sensibilidad poética china. En su *Recuerdo del acantilado rojo* elogia el poeta los tiempos heroicos de los Tres Reinos, lamentando que hayan desaparecido como otras tantas quimeras. ¿Es Su Shi optimista o pesimista? Por mi parte, contestaría que ambas cosas a la vez. Así, se consagra al mundo con ardor típicamente confuciano, pero al mismo tiempo da muestra de un desapego, de una "desenvoltura" metafísica que le vienen del taoísmo.

Xiong Bingming es escritor y filósofo chino. Fue profesor de filosofía y literatura chinas y director del Departamento de Chino del Instituto Nacional de Lenguas y Civilizaciones Orientales de París.

